

Nota della redazione. *Il “pellegrinaggio”, inteso come itinerario di maturazione spirituale ed interiore, legato alle fonti ispiratrici della natura e dei luoghi. Di questo parla l’Autrice, dell’università di Barcellona, proponendoci di ripercorrere il cammino di S. Ignazio di Loyola, per unire altresì fra loro genti divise e per ritrovare il senso di una concezione integrale del mondo che è andata in frantumi alla fine dell’età medievale.*

Presentiamo questo suo appassionato scritto anche come segno di omaggio al Gesuita Pierre Teilhard de Chardin, la cui vita è stata un significativo e continuo pellegrinaggio nel mondo moderno.



La Seu de Manresa

“EL CAMINO MODERNO DE SAN IGNACIO”

Montserrat Noguera Algué

1. Introducción

Des de tiempos inmemoriales, han existido las rutas de peregrinaje; en diversas realidades y con diversos sentidos, todas muestran un factor común: ser un “camino” de conocimiento de uno mismo y, a través de uno mismo, del mundo que lo rodea y de la divinidad que lo supera. Todas estas rutas han generado riqueza para las tierras por donde han pasado, han abierto los territorios a expectativas de toda índole más allá del factor espiritual: económicas y comerciales, culturales y folclóricas; han tejido tradiciones propias, dinámicas, porque el camino és móvil, más allá de las tradiciones estáticas de los lugares concretos; han creado fuertes lazos entre regiones muy distintas, propicias incluso a mirarse con recelo y a enfrentarse más o menos abiertamente, de manera que también han sido generadoras de paz y de concordia. En resumen, han permitido a los homes y mujeres conocerse entre ellos, establecer lazos de amistad y de compañerismo, aprender los unos de los otros... Y es que el paso del peregrino siempre ha sido sinónimo de aprendizaje: era él quien traía noticias de tierras lejanas, explicaba historias desconocidas, hacía reales lugares apartados, porque nos llevaba de ellos una visión de primera mano, despertaba deseos de aventura, de superación y de conocimiento...

Digo esto porque, por mucho que nos parezca fuera de lugar, la creación de nuevas rutas de peregrinaje es posible, y aún diría más, deseable, en un mundo cada vez más tecnificado, hasta el punto que confunde la cualidad humana con la sofisticación técnica, un mundo de profundas angustias y de grandes temores ante el futuro más próximo, un mundo que ve

cerrarse poco a poco la puerta de las ilusiones y reducir el trayecto vital a pura supervivencia, al día a día monótono. El hecho de abrir una ruta nueva para el redescubrimiento de esta cualidad humana, para el relajamiento de las angustias ante los grandes espacios de libertad que da el camino, para la recuperación de las ilusiones y de los proyectos, para retomar la trayectoria vital ya no como supervivencia, sino como la plusvivencia propia y exclusiva de la persona humana, representa algo análogo a abrir una ventana a la luz del sol y a la maravilla del paisaje para ventilar una casa cerrada de muchos años: entra en ella la bondad del aire nuevo y huye la nocividad del aire viciado, penetra la luz tranquilizadora y desaparecen los miedos de las tinieblas.

Y para conseguir eso, ¿qué mejor que seguir los pasos de alguien que nos marca la trayectoria y nos pone delante de una ruta culminada con éxito? ¿Qué mejor que la ciudad de Manresa promocionando aquél que la promocionó y la hizo conocida en todo el mundo? ¿Qué mejor que el “corazón de Cataluña” abriéndose y ofreciéndose a las otras comunidades que recuerdan y guardan la huella del gran peregrino de nuestro barroco? Conocerse quiere decir perder el miedo a hablar y a dialogar, darse cuenta de que cada uno de nosotros tiene mucho que ofrecer al otro, tanto en el plano material como en el espiritual; quiere decir establecer corrientes de simpatía y afecto que, en un momento dado, permitan superar problemas y dificultades que de otra manera serían difícilmente superables. Esta corriente de intercambio, de comunicación y de simpatía sería posible crearlo entre los pueblos vasco, castellano, navarro, aragonés y catalán mediante un “Camino de San Ignacio”, de manera análoga a la corriente que se creó a partir del siglo XII a través del Camino de Santiago. Incluso con mucha más realidad que leyenda, con mucho más fundamento histórico, con mucha más amplitud de miras. Ya no es peregrinar a la hipotética tumba del Apóstol, sino rehacer el recorrido que permitió al oscuro caballero de Azpeitia convertirse en el catalizador de una corriente que extiende su influencia por los cinco continentes desde el siglo XVI hasta nuestros días, una corriente educadora, estimuladora, entregada a la misión de ofrecer al Hombre lo mejor de sí mismo, la conciencia de su propia conciencia: de convertir el **Homo sapiens** verdaderamente en **Homo sapiens sapiens**, es decir: al “Hombre que sabe” en el “Hombre que sabe y que es profundamente consciente de ello”.

2. EL ESPACIO Y EL TIEMPO

Cuando queremos reconstruir la trayectoria vital de un hombre para aprender de esta misma trayectoria, es importantísimo hechar un vistazo a su espacio y a su tiempo, a los

lugares donde se enraizó su vida y a la época en la cual se generó y transcurrió. De modo que, sin ánimo ninguno de reescribir la tantas veces relatada biografía de Iñigo López de Recalde, sí que cabe recordar cuatro cosas de sus orígenes y del trastorno que convirtió esa vida en un peregrinaje el punto álgido del cual fue la ciudad de Manresa.

Aquél que sería recordado por la Historia como san Ignacio de Loyola nació en 1491, en la Casa-Torre de Loyola, cerca de Azpeitia, en la actual provincia de Guipúzcoa. Fue el último de los once hijos legítimos (además de algún que otro bastardo) nacidos del matrimonio formado por Beltrán Ibáñez de Loyola y María Sánchez de Licona. Siete de los once hijos eran chicos y cuatro, chicas. La madre murió cuando Iñigo sólo tenía siete años, y la esposa del segundo hermano¹, Magdalena de Araoz, se convirtió en la señora de la casa y en una verdadera madre para su pequeño cuñado, sobre el cual ejerció, durante estos años infantiles, una profunda influencia. Uno de los hijos de Magdalena, Emiliano, entrará a formar parte de la Compañía de Jesús en 1541.

La familia tiene todas las cualidades y todos los defectos de las clases acomodadas del lugar y de la época: el honor y el valor son tradicionales, la instrucción no cuenta demasiado, más bien molesta, y el ocio se ocupa como buenamente se puede. Los juegos de guerra y los juegos de amor son obligados para los jóvenes que se preparan para la vida de caballero. Y la fe es una cuestión de raza, de familia. Esto no quiere decir de ningún modo que no sea sincera, pero es más una vivencia que una conciencia, no se aprende, no se razona, se vive a través de la liturgia que marca las horas del día y el paso del año, de los peregrinajes y las obras piadosas, de los legados testamentarios y los patronazgos. Se es católico por herencia y es un honor serlo. De la misma manera que es un deshonor cuestionarse cualquier principio religioso y que se contempla como un peligro cualquiera que lo intente...

El espacio que vio nacer a nuestro hombre hoy es polémico, pero entonces no lo era: Guipúzcoa formaba parte del reino de Castilla y los señores vascos eran fieles a sus reyes. Sin ningún problema. La cuestión de las nacionalidades no existía, porque lo que imperaba era el modelo de fidelidad feudal, y la fidelidad se debía a una persona, no a un territorio. Ignacio nacerá en un entorno fiel a los reyes de Castilla y hará sus armas a las órdenes del duque de

¹ Este hermano era Martín García de Oñaz. Del hermano mayor, Juan Pérez de Loyola, sabemos que hizo testamento en Nápoles en 1496, que no se casó, pero sí que dejó dos hijos bastardos de dos madres distintas. El tercer hermano también murió en Nápoles, antes de 1527. El quinto, Hernando, marchó a América en 1510 y nunca más se supo de él. Sólo del sexto, Pedro López de Oñaz, se sabe algo: fue párroco de Azpeitia y murió en 1529 en Barcelona, dejando dos hijos bastardos. Como vemos, una familia bastante típica de Castilla (y no solamente de Castilla) entre los siglos XV y XVI: el heredero obtenía el "mayorazgo" y a los demás les era forzoso espavilarse buscando fortuna en el ejército, el matrimonio o la Iglesia.

Nájera, virrey de Navarra en nombre de Fernando el Católico. Y punto. Sin otras connotaciones.

La infancia se le acabó de golpe a los catorce años, cuando murió su padre. Ya no hay lugar para él en la casa solariega y, como diríamos hoy, debe “buscarse la vida”. ¿Qué puede hacer un muchacho de la pequeña nobleza para comenzar a abrirse camino? Muy sencillo: entrar como paje en alguna familia poderosa que esté dispuesta a acogerlo. No sólo se garantizará su manutención, sino que es la manera de empezar su formación como caballero y de capacitarse para la carrera de armas. El señor que acoge al joven Ignacio es Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor (es decir, ministro de finanzas) del rey de Castilla. Los problemas de la familia real castellana habían obligado a Fernando II de Aragón, viudo de la reina Isabel I, a hacerse cargo de los estados de la esposa difunta, pero lo acompaña una nueva esposa: la alegre Germana de Foix, amante de fiestas y saraos, cuya organización recae en la persona de la dama María de Velasco, la esposa de Juan Velázquez de Cuéllar. Así pues, Ignacio entra a formar parte de una corte renacentista inmersa en el placer y el refinamiento, profundamente influida por los libros de caballería, que convierten a los jóvenes caballeros en apasionados amantes del juego, las damas² y las armas.

Su vida de alegre paje de la corte duró once años, durante los cuales tuvo tiempo suficiente para completar su formación militar y cortesana. En 1516 muere el rey Fernando y Juan Velázquez cae en desgracia, cuando éste también muere al cabo de un año, Ignacio entra a formar parte de la guardia personal del duque de Nájera, Antonio Manrique, que era virrey de Navarra. Al servicio del duque se le conocen dos misiones, una de paz y otra de guerra. La de paz consistió en arbitrar en un conflicto entre diferentes facciones de su Guipúzcoa natal; la de guerra fue su participación en la defensa de la ciudadela de Pamplona, asediada por los “franceses”. Era del 20 de mayo de 1521. Una bala de cañón pondrá fin a los sueños de gloria caballeresca del joven de Loyola.

Hasta aquí las cuestiones relativas al espacio. Como vemos, parece ser que no gran cosa. La trayectoria normal de un joven hidalgo de su época que acaba con mala fortuna. Otros la

² Por cierto, la referencia -en la célebre *Autobiografía*- a una dama que “*no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguna*” ha dado lugar a muchas especulaciones sobre quién sería el objeto de los anhelos del joven Ignacio (la dama adorada según los cánones caballerescos). Algunos historiadores se inclinan por Germana de Foix y otros por Leonor de Austria, la hermana mayor del emperador Carlos V, que era reina de Portugal y llegaría a serlo de Francia, pero la que parece más probable es la infanta Catalina, la hermana pequeña de Carlos y Leonor, que había nacido después de la muerte de su padre Felipe el Hermoso de Austria y entonces acompañaba a su madre Juana I de Castilla, recluida en Tordesillas a causa de su salud mental. Ignacio habría conocido a la infanta cuando acompañó la corte en una visita que Carlos hizo a su madre. La situación infortunada de Catalina era ideal para inflamar la imaginación de un joven caballero lleno de ilusiones y ambiciones. Como podemos ver, Ignacio no se contentaba con poca cosa.

tienen peor. Pero el tiempo es otra cosa, y nos iluminará las grandes corrientes de la Historia que serán decisivas para la misión a la que el “Peregrino de la Cueva” se sentirá llamado.

Difícilmente encontraremos en ninguna cronología el año de nacimiento de Ignacio: 1491. Nada de nada. Sólo una anécdota en el reino vecino: Carlos VIII de Francia se casa con Ana de Bretaña, dando el primer paso para integrar el territorio bretón en el territorio capetiano. Nada de especial, si no fuera que para formalizar este matrimonio, Carlos dejaba de lado una promesa de alianza con Margarita de Austria³ y Ana rompía una polémica unión por poderes con el emperador Maximiliano, cosa que, con el tiempo, sería aprovechada por los Reyes Católicos para establecer sólidos lazos con los Habsburgo... Pero por el momento, nada de nada. Sólo una pequeña referencia: un estrambótico navegante que unos años antes, huyendo de Portugal, había encontrado refugio en el monasterio de la Rábida, en Palos de la Frontera (Huelva), se impacientaba porque sus proyectos de cruzar el océano Atlántico basándose en la hipotética esfereidad de la Tierra se retrasaban una y otra vez. Los reyes parecían interesados, pero había un problema más urgente a resolver: acabar de una vez por todas con la presencia sarracena en la Península conquistando su último reducto: el reino nazarí de Granada. Debería esperarse un año para que esta situación llevara a resultados insólitos: Fernando de Aragón e Isabel de Castilla entraron en la Alhambra, y Cristóbal Colón obtuvo la naves deseadas que le permitirían demostrar, a partir del 12 de octubre de 1492, que se podía atravesar el océano y que al otro lado no había los abismos aterradores de las leyendas, sino tierras habitadas y habitables...

En conjunto, no tan anecdótico como parece. La conquista de Granada ponía fin a un período de ochocientos años y abría una nueva era para el mundo ibérico: por fin sería posible organizarse y crecer en paz, sin la amenaza latente del sarraceno. Pero, ¿sabría? Porque nacidos de la lucha contra el enemigo, los reinos hispanos tendrían que recrearse en la tranquilidad reencontrada, a no ser que un nuevo enemigo llegara para sustituir al viejo. La travesía del océano ponía fin a un mundo, era el principio del fin del cosmos medieval heredado de la antigüedad clásica, se rompía la imagen de la Tierra y debería ser reaprendida, reordenada, reestructurada...

³ Esta Margarita se casó con el infante don Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos, pero este príncipe murió poco después. Abandonada por el prometido de Francia y viuda del marido de Castilla y Aragón, volvió a Borgoña, donde al cabo de unos años cuidaría de su sobrino, el futuro Carlos V. En 1529, Margarita, junto con Luisa de Saboya, madre de Francisco I de Francia, firmó la Paz de las Damas en Cambrai, que ponía fin al conflicto provocado por el triste desenlace de la batalla de Pavía en 1525. Se habló mucho de esta paz, sobretodo porque las negociaciones fueron tan conflictivas que las damas, ambas de carácter fuerte, llegaron a las manos.

En 1517, otro año clave en la vida de Ignacio, el año en qué, cambiando de señor, deja su condición de paje para entrar de lleno en la vida adulta, también será de vital importancia para la Historia. Pero esta vez, la sacudida no viene del sur, sino del norte. En la lejana Polonia, ha comenzado a circular un pequeño opúsculo donde un tal Nicolás Copérnico deja constancia de los primeros resultados de un “juego matemático” que tendrá unas consecuencias sorprendentes. Todo el juego tenía su origen en una pregunta muy directa: Copérnico quería simplificar la creciente complejidad de los movimientos celestes, y es que el cielo cada vez podía verse más y mejor y el paso de los planetas cada vez era más difícil de calcular, por eso Copérnico intenta plantear una hipótesis: ¿y si tuvieran razón los antiguos que consideraron el Sol, y no la Tierra, como centro del universo? Ya sabemos el resultado: al cabo de treinta años, Copérnico publicó su obra magna y se demostró que tenía razón. El conocido universo medieval explotó de golpe, fue preciso rehacer de arriba abajo los conocimientos del Cielo y con ellos todo el discurso de la Ciencia...⁴ Pero eso no es todo: en el mismo año de 1517, un monje alemán llamado Martín Lutero publicaba unas tesis muy polémicas sobre los dogmas cristianos y “protestaba” de la supremacía de la Iglesia romana, sus doctrinas tuvieron muchos seguidores (sobretudo entre los príncipes germanos que querían alejarse de la influencia imperial) y pronto aparecieron nuevos líderes religiosos proclamando nuevas versiones, la unidad de la Iglesia se había roto y la Cristiandad, fundamento de la unidad europea, desaparecía; en un tiempo muy breve, Europa se encontraría enfrentada a sí misma en un tejido de guerras fratricidas de difícil solución. Todo aquello que fundamentaba la seguridad del Hombre occidental desde hacía mil años ya no existía, había desaparecido casi de golpe, se abría un período oscuro, presidido por la duda y por todos los miedos que genera esa duda, por los fanatismos nacidos de esos miedos, por estas guerras fratricidas que abrirían heridas profundas... y también por unas esperanzas nuevas, emanadas de las luchas y de los temores, por una vida renovada de la cual nacería un hombre nuevo, que descubriría en su propia humanidad unas posibilidades infinitas, unos horizontes amplísimos, una libertad sin

⁴ Es cierto que la obra definitiva de Nicolás Copérnico, el famoso *De revolutionibus orbium caelestium*, no aparecerá hasta marzo de 1543, pero en la segunda década del siglo (parece ser que a partir de 1514) ya empieza a circular un pequeño esbozo de sus teorías sobre el heliocentrismo, es el conocido como “*Comentariolus*”, es decir: *Nicolai Copernici de hypotesibus motuum coelestium a se constitutis commentariolus*. La veracidad de la teoría heliocéntrica provocó que, realmente, se revolucionara todo el discurso de la Ciencia, que fuera preciso reescribirlo de arriba abajo (por eso hablamos de la Nueva Ciencia), porque todo estaba basado en la imagen de un universo esférico centrado por la Tierra inmóvil, alrededor de la cual giraban las nueve esferas planetarias envueltas por la esfera última del Cielo, al exterior de la cual vigilaba la presencia severa y benévola a la vez de la divinidad. Esta imagen marcaba una jerarquía cósmica en la cual pretendía reflejarse la jerarquía humana. De manera que los cambios que supuso su desaparición no se limitaron al orden científico, sino que marcaron profundamente el orden político y social.

límites... Claro que sería necesario tener el valor de aceptar esa novedad. Este valor es el que encontraría Ignacio en la ciudad de Manresa, pero antes tendría que enfrentarse a su propio trauma, cosa que lo obligaría a romper con una vida cómoda y a acarar las incertidumbres de un camino que no se sabe adonde lleva...

Y ese trauma particular de Ignacio llega también en un año clave: 1521. Este choque entre “españoles” y “franceses” que tanta tinta ha hecho correr en hablar de su trayectoria vital no es más que el epílogo de una historia de gran importancia para entender la medievalidad y la modernidad de la Europa occidental. Pero también cabe decir que es muy poco conocida. Cuando nueve años antes, en 1512, las tropas de Fernando el Católico entraban en Pamplona e integraban el reino de Navarra en la órbita de los reinos peninsulares, ponían punto final a un sueño que había comenzado trescientos años antes, en la tranquilidad de los valles pirenaicos. Desde el siglo XIII, la creciente potencia del vizcondado de Bearn había permitido a sus vizcondes alejarse progresivamente de sus soberanos y conseguir grandes márgenes de autonomía, agrandados mediante alianzas ventajosas y elecciones acertadas, que permitieron que en 1364 el vizconde del momento hiciera una verdadera declaración de independencia al negarse a prestar obediencia por el Bearn al rey de Francia primero y al Príncipe Negro después. Este vizconde era Gastón Febus, de la casa de Foix, uno de los más fantásticos pobladores del Pirineo medieval, un genio en muchos ámbitos: en el literario, en el militar, en el artístico, però también en el de las finanzas, cosa que permitía a los soberanos bearneses ser económicamente independientes en una época en que incluso los jefes de estado más poderosos dependían de los banqueros italianos y alemanes. Con todo este esplendor, no es nada raro que unos señores tan magníficos ambicionasen lo único que no poseían: una corona real. De vizcondes habían pasado a condes en el siglo XIII, cuando los Bearn se aliaron con la casa de Foix y tomaron su nombre, y a partir del siglo XIV ambicionaron el único territorio con título real al que podían acceder: el reino de Navarra. El mismo Gastón Febus comenzó a acercarse a este objetivo casándose con una infanta navarresa⁵ y a principios del siglo XV se

⁵ Es una anécdota intrascendente para el tema que nos ocupa, pero curiosa: esta infanta, Inés de Navarra, era hermana del rey Carlos II “el Malo”. Dos hermanas más de este rey, Blanca y María, casaron respectivamente con Felipe VI de Francia y con Pedro III de Cataluña y Aragón, nuestro Pedro III. De manera que Carlos, gracias a los matrimonios de sus hermanas, era cuñado de los soberanos más poderosos del momento y con más ganas de pelea, con los cuales podía establecer alianzas ofensivas y defensivas para servir a sus intereses, que pasaban por perjudicar al máximo al rey de Francia (de quien, además de cuñado, era yerno, pues se había casado con Juana de Valois, hija del primer matrimonio de Felipe VI con Juana de Borgoña, “la mala reina”), al cual acusaba (no sin cierta verosimilitud) de ser un usurpador que le había robado la corona capeta. Para negociar estas alianzas, Carlos II y Pedro III se encontraron en Manresa en 1351, y puesto que la Casa del Rey en la ciudad había desaparecido para alzar la Seo gótica, se alojaron en el convento de los Predicadores, el mismo donde casi dos siglos más tarde también se alojaría durante un tiempo Ignacio de Loyola.

hizo otro intento que resultó fallido. En 1434, el heredero, futuro Gastón IV, casó con la infanta Leonor, hija de la reina Blanca y de Juan II de Aragón, y aprovechó el conflicto entre este rey y su hijo Carlos de Viana para asegurar Navarra para Leonor; bien que un nuevo matrimonio de Juan II dé otro heredero, el interés de Francia en impedir la gran potencia ibérica que parece augurarse por el matrimonio de este nuevo heredero, el futuro Fernando II el Católico, con la reina Isabel I de Castilla, hace que el rey Luis XI favorezca los proyectos del Bearn casando a su hermana Magdalena con Gastón V... y si bien el hijo de Magdalena y Gastón, Francisco Febus, murió prematuramente el 30 de enero de 1483, cuando hacía poco más de un año que había sido coronado rey de Navarra en la catedral de Pamplona (el 6 de noviembre de 1481), Francia sigue protegiendo a su hermana Catalina, y para impedir que los Reyes Católicos la casen con su hijo Juan e integren sus territorios en la naciente unidad hispana, Luís XI le procura un marido mucho más interesante y que cuenta con la aprobación de los Estados de Bearn⁶: Juan Albret, señor independiente de un territorio que va des del Agenois y el Perigord al vizcondado de Limoges. Además de la codiciada Navarra, los señores de Bearn han conseguido lo esencial del antiguo ducado de Aquitania (excepto Burdeos y Bayona). Juan y Catalina son coronados en Pamplona, en 1494... Pero Fernando II de Aragón vigila, no puede permitir que un potente reino transpirinaico se convierta en una amenaza para sus territorios y en 1512, aprovechando que Luis XII de Francia ha desviado sus intereses hacia Italia, invade Navarra. El 21 de julio entra en Pamplona y los nuevos reyes pierden para siempre la Navarra ibérica⁷... El hijo de Catalina y Juan, el joven Enrique II Albret, intenta recuperarla en 1521, aprovechando el conflicto comunero en Castilla, pero no participa personalmente en la campaña y sus capitanes, aunque lleguen a tomar Pamplona, no saben jugar bien sus cartas. La Navarra ibérica no ser recuperará jamás y Enrique II conservará para siempre una gran pena.⁸ Esta desgraciada campaña de 1521 debería haber

⁶ La enmarañada herencia de Gastón Febus propició la formación de los Estados de Bearn, que garantizaban la fidelidad a los fueros y el gobierno del territorio. Los fueros de Bearn eran garantía de unos derechos sorprendentemente “modernos” para el territorio, y la constitución de los Estados un gobierno verdaderamente democrático: eran formados por dos cámaras, el “Gran Cos” (nobles y clérigos) y el “Segon Cos” (delegados de los municipios), que tenía derecho de veto absoluto sobre el primero.

⁷ A partir de ese momento, cuando se habla de “reino de Navarra”, debemos entender siempre la llamada “baja Navarra”, es decir, los añejos territorios de los Bearn, de la casa de Foix y Castellbó, y de los Albret.

⁸ La recuperación de los territorios ibéricos se convirtió en una verdadera obsesión para Enrique Albret, que incluso hizo constar testamentariamente su voluntad de ser enterrado en la catedral de Pamplona, cosa que, naturalmente, sus herederos no pudieron cumplir; la pena del rey se contagió a sus súbditos, de tal manera que en la opción del Bearn por el calvinismo, hay quien ve una suerte de rencor contra el Papa que, apoyando los proyectos del Rey Católico, había contribuido a que el vizconde de Bearn perdiera la anhelada Navarra. En recompensa a los servicios prestados por Enrique Albret en la batalla de Pavía, el rey Francisco I de Francia le dio por esposa a su hermana Margarita de Angulema, que había quedado viuda del duque de Alençon en la misma batalla. “La Margarita de las margaritas” (literalmente “la Perla de las perlas”), como era conocida, es

sido el inicio de una brillante carrera militar para el joven Iñigo López de Recalde, pero provocó algo completamente distinto: el inicio de una carrera aún más brillante que llevaría a los “hijos” del caballero de Loyola a colaborar con el heredero de Enrique Albret en el advenimiento de la Modernidad.

Este año de 1521, punto final de tantas ilusiones, retorna a nuestro hombre a su terreno natal y cierra una primera etapa de aprendizaje de la vida. La herida de Pamplona hace que Ignacio se enfrente cara a cara con la muerte, no en el apasionamiento del combate, sino en la dolorosa y humillante conciencia del lecho. Y una vez superado el peligro de la muerte, lo enfrenta cara a cara a algo quizá aún más terrible para el caballero: el fantasma de la minusvalía física. Ignacio está dispuesto a soportarlo todo con tal de conjurar este peligro que pondría fin a sus proyectos más ambiciosos. Pero cuando este peligro también es vencido, es cuando estos proyectos se ven sensiblemente modificados. Todos conocemos la anécdota: convalesciente y aburriéndose en su inmovilidad, pide libros de caballería para distraerse, pero en la casa sólo hay una traducción al castellano hecha por Ambrosio de Montesinos de la *Vita Christi* de Ludolf el Cartujo y otra traducción, ésta del monje cisterciense Gaubert M. Vagard, de la *Legenda Aurea* de Jacopo della Voragine. I en la *Legenda Aurea* encuentra unos modelos a seguir quizás mucho más interesantes que lo que ofrecen *Amadís de Gaula* y la materia de Bretaña... Las gestas espirituales e intelectuales de hombres como Francisco de Asís y Domingo de Guzmán son mucho más atrayentes que las gestas efímeras de los grandes conquistadores... La mente de Ignacio inicia un proceso de transformación profunda y se enfrenta por primera vez a la duda más angustiosa: ¿cómo comenzar a dar forma a lo que sólo ha empezado a vislumbrar? La idea del peregrinaje tiene tanto de místico como de caballeresco. Como tantos otros ejemplos que podemos encontrar en la larga historia de la Europa medieval, Ignacio, para poder emular las gestas de los nuevos héroes que acaba de conocer, “se da” al mismo Señor a quien se dieron ellos. Para poder tener un estímulo que lo obligue a levantarse y moverse, se rinde al amor de la misma Dama. Así pues, comenzará un camino material y espiritual a la vez, con un destino bien claro, pero que lo llevará al lugar más insólito de cuantos pueda imaginarse, a la desconocida ciudad provinciana donde encontrará la luz tan deseada, pero que también iluminará él mismo con su presencia...

uno de los nombres más notables del renacimiento francés. El matrimonio sólo tuvo una hija, la reina Juana III, que casó con Antonio de Borbón, primer príncipe de la sangre de Francia. La extinción de la rama dinástica de los Valois permitió que el hijo de ambos, Enrique III de Navarra, se convirtiera en Enrique IV de Francia, conocido, entre otros alias, como *el Bearnés*, porque siendo su lengua materna el bearnés es fama que nunca llegó a hablar el francés correctamente. Volveremos a hablar de ese rey, que tendrá un papel fundamental, ayudado por los hijos de Ignacio de Loyola, en el inicio de lo que llamamos “Modernidad”.

3. EL CAMINO

La decisión de empezar un “camino” de transformación materializado por un camino de peregrinaje se realiza en febrero de 1522, con un inicio y una primera llegada muy concretos: los santuarios marianos de Aránzazu y de Montserrat. La fama de Montserrat durante la Edad Media es muy grande y es meta de peregrinos con objetivos muy diversos, no es nada extraño que el paladín que pretende convertirse en “cavallero de Cristo” se ponga como primer objetivo de su viaje el gran santuario mariano de la Cataluña Vieja para rendirse a los pies de su Dama y llevar a cabo el primer gesto de todo caballero: la vela de armas, unas armas que, en lugar de servir en mil campos de batalla, quedarán a los pies de la Dama como signo visible del pacto que acaba de rubricar. Después, hechas todas las promesas de rigor a la Dama, el proyecto es que el camino continúe hasta darse a su Señor buscando sus orígenes en Tierra Santa. En el fondo tampoco es tan diferente de los viejos cruzados, aunque lo sea en la forma.

Durante este trayecto, el caballero errante es metamorfoseado en peregrino cambiando sus ropas. El brillante cortesano de Castilla se transforma en “el hombre del saco” que llegará a Manresa.

Metamorfosis externa que quiere volver visible a los ojos de todos la metamorfosis interna que se pretende conseguir. Ignacio está disgustado consigo mismo y con todo aquello que representa, y se transforma físicamente para poder transformarse espiritualmente, pero esta segunda transformación será mucho más difícil, mucho más dolorosa, mucho más larga de conseguir que la primera. Antes de vislumbrar la luz, se verá obligado a caminar en la oscuridad durante mucho tiempo; antes de conseguir la paz, deberá vencer su propia guerra interior; antes de alcanzar el conocimiento, será preciso seguir un largo proceso de aprendizaje, no siempre agradable, ni fácil, ni agradecido. Es la noche saturnal de los viejos alquimistas, será la Duda de los modernos pensadores, el único camino para llegar a la Certeza.

Entre febrero y marzo de 1522 se dibuja el trayecto que ahora nosotros queremos recuperar: el País Vasco y Navarra, Castilla, Aragón, Cataluña... Las viejas tierras donde la historia y la leyenda se confunden, que han visto el paso de tantos caminos entre el norte y el sur, entre el Oriente y el Occidente, entre el Mediterráneo y el Océano, ven como se urde la trama de un camino nuevo, plataforma de lanzamiento de una nueva era. El hombre que se pone en marcha podría considerarse el último peregrino medieval y el precursor de los grandes

vagabundos modernos; no será él quien dé el paso de la Modernidad, pero sí será él quien asienta parte de las bases que lo harán posible y quien esboce el trazo que permitirá sistematizarlo.

El hombre que se pone en camino hacia una aventura azarosa, lo primero que siente es la contradicción entre el temor que provoca la pérdida de seguridad y la euforia que erupciona con la perspectiva de la libertad. Los horizontes estrechos de una vida programada quedan atrás y se abre el proyecto de una vida siempre renovada. El cuerpo envejece, se cansa e incluso es posible que enferme, pero la mente se mantiene despierta, atenta a cada novedad, a cada nuevo horizonte que se quiere alcanzar, a cada dificultad que es preciso vencer. En su trayecto de Aránzazu a Montserrat, Ignacio ve paisajes nuevos, olfatea perfumes insólitos, oye lenguas diferentes que hablan de temas que desconoce, cata alimentos y vinos diversos, siente como le penetran por la piel los aires y las humedades de microclimas cambiantes, los nuevos mundos que le entran por los sentidos transforman poco a poco sus perspectivas mentales, airean sus opiniones prefabricadas, estimulan su raciocinio y lo obligan a tomar sus propias decisiones; se siente inseguro en mundos que no conoce, pero empieza a darse cuenta de que en medio de todas las diferencias la presencia del Hombre garantiza una extraña igualdad, que la huella del Hombre vence todas las inclemencias de la Naturaleza y que la profunda fraternidad humana aparece en los momentos y en los lugares más impensados; poco a poco, esta constatación debió permitirle disfrutar cada vez más de su libertad recién estrenada. Porque esta es la experiencia del camino: el albergue que nos acoge en un día de lluvia y frío, el vaso de vino ofrecido generosamente por una mano desconocida que acaba siendo amiga, el hombre de la tierra que te reorienta cuando andabas perdido, la ciudad que te abre las puertas y te acoge con un día de fiesta cuando la tranquilidad te pesa, la paz de los campos que te ensancha el corazón cuando te encuentras fuera de lugar entre el gentío, la pequeña ermita que te ofrece refugio cuando la angustia de los espacios demasiado anchos está a punto de aclapararte, la familia que te acepta y te permite sentirte “en casa” cuando te encuentras demasiado solo... Tot esto debió de haber experimentado el ya antiguo caballero de Loyola cuando el mes de marzo de 1522 llegó a las puertas del monasterio de Montserrat.

Hasta aquí, su propio carácter, formado en la disciplina militar y el ideal caballeresco, debió de ayudarlo. El hombre entrenado para el combate y para el mando debe forjar la voluntad de manera que domine el temperamento, que sea poderosa e inalterable, sólida, capaz de fijar sus objetivos y de perseguirlos pasando por encima de todos los obstáculos; debe saber trempar sus impulsos de manera que las dificultades y las contradicciones, lejos de desanimarlo, lo

estimulen a superarse, a mantenerse en su camino a pesar de todas las dudas, a desafiar aquello que es considerado imposible hasta arriesgar todo lo que se posee, la vida y todo si es preciso; solamente así desarrollará los recursos vitales y mentales necesarios para el campo de batalla: una resistencia excepcional a todas las inclemencias físicas y un coraje capaz de crecerse ante el peligro, una necesidad imperiosa de superarse y de huir de la mediocridad, unas ganas inmensas de llevar a cabo “cosas grandes” y de forjarse a sí mismo su propio destino, sin “dejarse llevar” por los condicionantes del espacio y el tiempo. Desarrollar estos aspectos da como resultado un carácter fuerte, una solidez que permite prescindir de la autoridad establecida e irradiar la fascinación de un caudillo nato. Todo esto será muy útil, pero no será suficiente, porque aún es superficial. El conocimiento del Hombre es demasiado incompleto y dificulta la visión del Mundo, y el acercamiento a Dios.

Con todo, el hombre que llega a Montserrat el 21 de marzo de 1522, diga lo que diga, está dispuesto a comerse el mundo, aunque sea desde el punto de vista espiritual. Su vela de armas es un instante de parada en una vida que se sigue queriendo aventurera, porque es una aventura realmente excitante este propósito de peregrinaje a Tierra Santa, sin recursos y con los medios de transporte del siglo XVI. Pero bajando de Montserrat y por razones no demasiado claras, Ignacio recalca en Manresa, en una estancia imprevista que se alargará casi un año. Y la experiencia de Manresa, según propia confesión, no igualará ninguna otra experiencia, ni anterior ni posterior. Ni tan sólo el contacto con los lugares santos. Pero es que para la ciudad, el paso del “Peregrino de la Cueva” también será una experiencia inolvidable, que marcará profundamente su futuro en todos los sentidos. En Manresa, por primera y única vez en su vida, podemos decir que Ignacio se enamora, y la ciudad le corresponde con toda su alma.

4. LA ILUMINACIÓN EN LA CIUDAD DE LA LUZ

Ignacio llega a Manresa desde Montserrat, es decir que entra en ella por el *Pont Vell*⁹ desde el antiguo emplazamiento de la Guía. Nos es difícil imaginarnos esta magnífica estampa de la ciudad sin el edificio monumental de la *Cova*¹⁰, pero debemos hacer el esfuerzo si queremos comprender la impresión que recibiría el peregrino de Azpeitia. Hay algo que sí que podemos compartir con él: la visión de la Seo. La hermosa catedral gótica es el punto de

⁹ El “Puente Viejo” sobre el río Cardener, del siglo XII, por contraste con el *Pont Nou* (Puente Nuevo), del siglo XIV, magnífica obra civil del constructor de la catedral, Berenguer de Montagut.

¹⁰ Sobre la *Cova* (la Cueva donde Ignacio se retiraba a meditar) se alza hoy el magnífico complejo barroco formado por el Santuario y la Residencia y Casa de Ejercicios de la Compañía de Jesús.

atracción y de irradiación de la ciudad, que se crece en ella y desde ella. Y en 1522 la Seo ya se erigía en la cima del *Puigcardener*,¹¹ esvelta y sólida, graciosa y móvil, abierta al viajero, carente de misterio, continente bellísimo de un contenido único. Veradera acrópolis de la ciudad, punto de llegada y de partida de tantos y tantos caminos.

¿Cuándo visitó Ignacio la Seo per primera vez? Seguramente el día de su llegada, ya que era el 25 de marzo, fiesta de la Encarnación. Y entrando en la Seo como se entra en las iglesias góticas -por puertas magníficas que enseñan a penetrar en la Verdad de la cual Cristo es la verdadera puerta-, penetró en el reino de la luz, hizo el primer paso hacia la iluminación. No es ninguna fantasía. Todos los principios que generaron el gótico se encarnan en nuestra catedral sin obispo: la perfección de la forma y el dominio de la luz. Es muy lógico que así sea, porque ya he dicho muchas veces y en lugares diversos que Manresa es una ciudad eminentemente gótica.

Nacida en este mirador sobre el río Cardener, desde donde hoy nos contempla la Seo, el núcleo de población que en algún momento de la Historia tomó el nombre de “Manresa” emerge de la niebla cuando, más allá de los Pirineos, empieza el largo proceso que acabará con la revolución gótica, y emerge conflictiva en una época de conflictos; lejos de la protección de los señores y en el cruce de caminos de todas las invasiones, aprende a buscar por sí misma las soluciones a los problemas, a aceptar los retos, a defender sus derechos y a definir sus deberes. Cada vez que es destruida emerge de nuevo de sus cenizas con más fuerza y con más empuje, como el viejo Fénix de los antiguos. Y emerge libre en una época de servitudes. ¿Cómo se podía sentir identificada con la oscuridad románica? En su libertad se hace próspera, ciudad de artesanos y de comerciantes, de jurista y clérigos, de escuelas y de mercados; ciudad burguesa y no aristocrática, ciudad casi moderna en el centro de un país tan profundamente feudal... ¿Cómo debió de sentirse identificada con este poema de piedra llegado de la Isla de Francia del cual se apresuró a escribir su propia versión encima del Puigcardener y del Puigmercadal, y en otros puntos de la ciudad de manera menos vistosa, pero no menos ambiciosa!¹²

¹¹ Manresa és una ciudad formada por una serie de colinas (en catalán *puig*), que marcan su geografía. El núcleo inicial de la población fue en el *Puigcardener*, una colina en picado sobre el curso de río Cardener, y se extendió hasta el *Puigmercadal*, así llamado porque allí se organizaba el mercado. Ambas colinas ostentaron orgullosas las grandes iglesias góticas que emergieron en el siglo XIV, el “gran siglo manresano”. Actualmente sólo queda una, la Seo, en la cima del Puigcardener.

¹² Manresa llegó a tener tres grandes templos góticos, además de cuatro capillas, la cual cosa demuestra el gran esplendor ciudadano del siglo XIV (que también dio notables obras civiles): Santa María de la Seo, Santa María del Carmen (las dos del arquitecto Berenguer de Montagut), la iglesia del Convento de Predicadores y las capillas de San Miguel, San Marcos y San Pablo, amén del antiguo hospital de Santa Lucía. En 1936,

Cuando llegó Ignacio, hacía doscientos años justos que la ciudad había empezado la construcción de su Seo, obra de todos para todos. Su propia situación la hace ideal para reflejar la luminosidad que reclama la obra del arquitecto gótico, para quien el edificio de piedra debe ser casi transparente en su gracilidad, mero esqueleto de columnas y ojivas, de claves de vuelta y arcos botantes circundando los ventanales llenos de vidrieras¹³ por donde penetra la luz del sol, obra divina que ilumina la obra humana y le da sentido a la vez que se deja modelar dócilmente por ella. La vidriera es el punto de encuentro entre la dos sabidurías y la luz que penetra por ella, haciéndose inteligible, ahuyenta las tinieblas de los rincones oscuros, materializando el Logos originario del Evangelio de San Juan. También es esta luz la que se simboliza mediante los dorados de los retablos que tan bellamente adornan el templo manresano. Otros dos continentes góticos vieron el paso de Ignacio, y en ambos encontró también un contenido decisivo: San Pablo, el entonces pequeño monasterio cistercense donde escogió confesor, y el Convento de Predicadores, que lo acogió en sus momentos de crisis más profunda, donde encontró consuelo y el consejo fecundo de sus frailes.

Porque en Manresa Ignacio se encuentra con un mundo nuevo que lo acoge en medio de una extraña belleza, que le permite crearse un “ambiente” propicio, una paz imprescindible para encontrar aquello que ha venido a buscar. Imaginemos sino el entorno de la cueva donde se retira para encontrarse consigo mismo y con Dios, para intentar comprenderse y comprenderLo, y para aceptar el mundo desde esta mutua comprensión. El marco es incomparable: las montañas insólitas del Montserrat recortadas en el horizonte, siempre iguales y siempre diferentes en la luz cambiante a medida que pasan las horas del día o de la noche y se suceden las estaciones, recordándole su último acto de caballero errante y su conversión en peregrino, o en penitente, o en no sabe exactamente qué, que busca y aún no encuentra... El cerro de Santa Catalina, donde aún podía verse la iglesia del antiquísimo

desgraciadamente, se perdieron el Carmen, la iglesia de los Predicadores, San Miguel (pérdida irreparable por su singularidad) y Santa Lucía (la única que se reconstruyó). Además de la importancia de los edificios, la Seo guarda dos joyas que podríamos calificar de únicas sin peligro alguno de exageración: el retablo del Espíritu Santo, pintado en 1374 por Pere Serra, verdadero libro de la Ciencia medieval, y el frontal florentino, ofrenda del prohombre manresano Ramon Saera y bordado por el mejor artesano de la Florencia prerrenacentista, Geri di Lapo (de autoría más que segura, puesto que está firmado). Además del retablo de Pere Serra, la Seo guarda tres retablos góticos más, todos ellos de estilos diferentes y de autores reputados (cuenta con obras de los Bassa – Ferrer i Arnau, padre e hijo, que trabajaban juntos y murieron de la peste negra los dos en el mismo año, 1348-, de Jaume Cabré, de Lluís de Borrassà y de Gabriel Guàrdia), de manera que podemos ver los cuatro estilos de la pintura gótica: el lineal, el italogótico, el gótico internacional y el gótico flamenco.

¹³ Las vidrieras que debió de ver Ignacio en la Seo se perdieron en un incendio ocurrido en 1714 (que también destruyó un gran retablo de Lluís de Borrassà, del cual sólo se conserva la predela), y en 1939, a resultas de un episodio muy desgraciado de los últimos días de la guerra civil, se perdió la mayoría del conjunto repuesto a finales del siglo XIX, pero las que podemos admirar hoy cumplen con creces la misión gótica de la vidriera y además son obra de reputados artistas (destaca el conjunto del ábside, sobre dibujos de Joan Vila “D’Ivori”).

monasterio; algo debió de inspirarle la advocación a santa Catalina de Alejandría, la entonces venerada patrona de los filósofos¹⁴, aquella mujer extraordinaria que había vencido la intrincada dialéctica de los sabios oficiales de la escuela de su ciudad natal, porque había sabido activar su propia ciencia, su sabiduría, ya no entre la estrechez de las cuatro paredes limitadas y limitadoras de una escuela, sino que la había liberado de obstáculos y la había abierto a la comprensión de lo Suprahumano, de la divinidad que se manifiesta en todas y cada una de las partículas de la materia, en todos y cada uno de los instantes de la vida de los hombres. Y quizás la carencia de esta sabiduría adquirida que permite abrirse a la sabiduría inspirada fue lo que comenzó a torturarlo en los largos soliloquios de la Cueva. Y la visión omnipresente de la Seo, donde la sabiduría de los siglos precedentes se había condensado hasta convertirse en piedra, pero había elevado la piedra a algo etéreo y grácil, le había insuflado una vida que le quitaba toda pesadez y la hacía casi transparente. Y en la Seo los manresanos habían aprendido a venerar Santa María, la Dama del caballero espiritual que la contemplaba desde la Cueva, con tanta intensidad que cuando, en años venideros, los artistas quieran representar las experiencias místicas de Ignacio en su retiro cerca del Cardoner, casi siempre las expresarán mediante una visión mariana; pero los manresanos habían aprendido a venerar Santa María asociándola a la idea de la luminosidad y le habían dado el nombre de la aurora: Santa María del Alba, la mensajera, la portadora de la Luz.

Pero aislándose en la belleza del lugar, Ignacio no olvida a los hombres y a las mujeres, busca su consejo y su compañía, se pone a su servicio. Pronto, los manresanos aprenderán a amar al singular “hombre del saco” que se retira para orar y meditar en la Cueva, pero que también ayuda a los enfermos del hospital de Santa Lucía, enseña catecismo a los más pequeños, habla y comparte experiencias con los mayores, busca el consejo de los hombres santos y sabios, y también lo da cuando se le pide; la antigua habilidad del cortesano de Castilla, la simpatía del compañero de armas de Navarra no han sido inútiles, ahora se subliman para aprender a compartir con el prójimo que antes se miraba desde arriba, para no encerrarse en uno mismo y no convertirse en un ser extraño, en una bestia inhumana... Y será el contacto cotidiano con

¹⁴ En Manresa, el estudio de las Ciencias Humanas no ha sido siempre tan olvidado como ahora. Durante nuestro “gran siglo”, los canónigos de la Seo enseñaban griego y latín y “rudimentos” (es decir, estudios básicos) de Filosofía (cabe recordar que hasta el siglo XVIII la Filosofía es **la** Ciencia), que se podía seguir estudiando a nivel superior en las escuelas conventuales del Carmen y sobretodo de los Predicadores; ésta tuvo gran fama y fue una verdadera facultad universitaria de Filosofía hasta el año 1835. Era tanta la fama de esta escuela, que el conjunto de los estudiantes manresanos había adoptado por patrona santa Catalina de Alejandría, cuya fiesta, el 25 de noviembre, siguió celebrándose hasta bien entrado el siglo XX (en concreto hasta el advenimiento de la 2ª República española en 1931), con la curiosa tradición de “apedrear el pendón”.

la gente lo que le permitirá superar las terribles crisis que lo sacuden durante su estancia en nuestra ciudad.

No tienen nada de raro, aunque las explicaciones que en la época que nos ocupa podían darse de tales estados de ánimo siempre tuviesen relación con experiencias místicas y tentaciones demoníacas, la actual psicología las hace entrar en el campo de la lógica más racional. Dejando la seguridad de su situación y del porvenir que le ofrecía, Ignacio rompe su mundo, pierde sus parámetros originarios y destruye sus esquemas. Dejando atrás la tierra de los mayores, se renuncia a los esquemas prefabricados, a la comodidad de la aceptación de las normas, para encararse al reto de construir un mundo propio después de haber razonado una por una las leyes que regulan el mundo y la vida de los hombres, después de haber aceptado libremente las que parecen razonables. Se queda “solo en medio del universo”, de su propio universo, de donde el orden ha desaparecido para dar lugar al caos, un universo que se debe reorganizar según las nuevas expectativas. Pero, ¿qué expectativas? Mientras dura el camino de Azpeitia a Montserrat, para Ignacio existe un reto a cumplir, un lugar donde llegar, una meta a conseguir, y la crisis no se presenta; es un tiempo de entusiasmo, de continuo descubrir, de enamoramiento progresivo de este mundo tan bello, de esta sensación de libertad desconocida, de este Hombre que se encuentra en cada rincón del camino, presto a ofrecerte el refugio de su hogar o a ayudarte a seguir por el camino recto... Pero cuando baja de Montserrat a Manresa empieza un tiempo de ocio, de parada, sin objetivos claros ni obligaciones concretas, es entonces cuando todos los diablos contenidos en las profundidades del inconsciente se rebelan, todos los miedos se liberan, todas las angustias que se habían sepultado en las tinieblas para no tener que encararlas a la luz emergen a la superficie de la conciencia; es entonces que se toma conciencia de lo que se ha hecho, de las seguridades que se han abandonado, cuando los recuerdos agradables de la vida que se deja atrás y que ya no es posible reemprender acusan al entendimiento de haberse dejado perder lo mejor de lo mejor para conseguir... ¿exactamente qué? Es entonces, en medio de la razón atormentada, que aparecen los rincones oscuros de la mente que las cómodas normas prefabricadas mantenían sometidos, que afloran a la conciencia los deseos inconfesados y inconfesables,... y como defensa del hombre-niño atemorizado delante el abanico de responsabilidades que le abre el hecho de hacerse adulto, se desvela el deseo de evasión que da el ensueño, o aún mejor la negra inconciencia del sueño profundo, e incluso se llega a desear con fuerza el sueño definitivo de la muerte, porque la mente grita con toda su potencia el horror de afrontar lo desconocido, de aceptar el reto que se le porpone... Uno piensa que la culpa es de los

instintos corporales y empieza a maltratar el cuerpo, pero es la mente la que está inquieta, porque el Hombre es la Razón del Universo y es la Razón quien lo domina; el cuerpo sucumbe, decae y enferma, porque somatiza las angustias de la mente...

La comprensión de los hombres sabios permite a Ignacio aprender a conducirse a sí mismo para descubrir lo que realmente quiere, la simpatía de la gente de la calle le permite comprender que no es necesaria la seguridad del nido para sentirse amado, sino amar a los otros y vivir con y para los otros, que es necesario cuidar el cuerpo, cuidarlo y no malcriarlo, para tener sana la mente. Y la belleza del lugar le da la paz deseada e imprescindible para hacerse suyos los nuevos conocimientos, para reordenar el caos interior descubriendo la inmensa fuerza de la débil razón humana. Y es en estas condiciones propicias que el encuentro con Dios empieza a hacerse luminoso y fructífero. El mismo Ignacio define este encuentro como la relación entre un maestro de escuela y su discípulo. En la perspectiva del tiempo, es una definición acertada: Dios ha guiado a Ignacio en su anhelo de “hacer cosas grandes” permitiéndole aprender de sus pasos, bajar a sus propios infiernos, medir sus fuerzas, aprender de sus semejantes y reconstruir su propia persona, lo ayuda a superarse conduciéndolo al lugar ideal para reentrar su equilibrio, haciendo que allí tope con las personas adecuadas en el momento adecuado; ahora ya puede contemplarlo, aprehenderlo más allá de la superficial imagen que de Él ha tenido siempre: en Manresa, Ignacio capta la grandeza de los misterios cristianos desde la maravilla del Dios-Hombre, de su paso por la Historia y de su permanente presencia entre los hombres a través del misterio eucarístico; capta la grandeza divina en la imagen del Dios Trinidad¹⁵, imagen tan amada y venerada por los manresanos, que la vieron solidarizarse con la ciudad en su momento más difícil a través del Milagro de la Luz, cuando la Razón de los ciudadanos que querían solucionar para siempre el problema del agua venció la intolerancia de la Tradición que quería impedirlo encerrándose entre las cuatro paredes de los intereses mezquinos.

Es un hombre nuevo, en todos los sentidos de la palabra, quien abandona Manresa por el “Pont de Vilomara” hacia Barcelona, en febrero de 1523, diez meses después de haber llegado. Es el hombre que ha encontrado, reconocido y aceptado libremente la libertad de los

¹⁵ La devoción a la Santísima Trinidad tiene un origen gótico y fue propiciada por el Papa más profundamente gótico de toda la Edad Media, el occitano Jacques Duèse (Juan XXII). Las escuelas catedralicias donde había nacido la expresión gótica, como Chartres y San Víctor, se habían interesado profundamente por el misterio trinitario, que se hizo lo suficientemente popular como para promoverse su veneración instituyendo una fiesta propia, pero los papas se habían opuesto; no fue hasta 1334 que Juan XXII (hábil alquimista y arriesgado filósofo) permitió introducir esta festividad en el calendario litúrgico. El advenimiento de la Luz a la iglesia del Carmen coincidió con la “promoción” que se hacía de esta devoción por todo el mundo católico, no tiene nada de raro que se relacionasen ambos acontecimientos, relación, por otro lado, perfectamente lógica y nada forzada.

hijos de Dios. Y cosa muy importante por lo que ha de venir: no es un místico que ha renunciado a las cosas del mundo, sino que ve muy claro que debe vivir en el mundo, entre los hombres y para los hombres, y que para hacer eso debe aprender a conocer este mundo y estos hombres. El proceso ha sido largo y muchas veces doloroso, pero Ignacio ha captado su lógica interna, la ha aprendido y la ha sistematizado en la lógica externa del lenguaje escrito. En la Cueva, no sólo ha meditado, también ha transformado en palabras sus pensamientos y sus experiencias más íntimas, y haciéndolas comprensibles para sí mismo, las ha hecho comprensibles para las generaciones: són los *Ejercicios Espirituales* que han ayudado a caminar a millones de hombres y mujeres desde hace casi medio milenio, que han reorientado millones de vidas y las han mejorado... El hombre nuevo de la Cueva no huye del mundo aislándose en el olimpo de una pretendida perfección, sino que regala su experiencia para facilitar a otros seres como él la evolución hacia la libertad.

Y es que ahora ya sabe qual debe ser su horizonte: la formación de los hombres y las mujeres en la alegría del conocimiento que libera, de la igualdad fraterna que permite ver con esperanza la aurora de los siglos. Pero apenas si se encuentra en el comienzo del camino. Ignacio parte de Manresa para acabar un peregrinaje que cree interrumpido, quiere llegar a Tierra Santa, y lo consigue. Pero el cambio ha sido tan grande, tan traumático, que ya no es simplemente seguir el camino que había comenzado un año antes, sinó abrirse a la amplitud del mundo y al anhelo del conocimiento. La sensación de pánico debió de volver, también el lugar de la liberación podía haberse convertido en un refugio, y ahora se da cuenta de que el mundo es muy grande, muy diverso y, para él, ¡tan desconocido! Intenta quedarse en Tierra Santa, evadirse allí de los nuevos anhelos que siente nacer al impulso de la experiencia manresana, pero también sabe que el proceso es imparable y que el Dios-Maestro sigue exigiendo un riguroso aprendizaje. Ahora, Ignacio ya ve vislumbrarse un horizonte que está clarificándose y distinguiéndose y que es hacia donde debe dirigir su vida, pero el primer obstáculo es muy grande, no por imposible, sino porque exige tragarse el orgullo que aún queda en el fondo del antiguo cortesano, de noble basco que siempre se había sentido miembro de una raza superior: la ignorancia del mundo. Ignacio vuelve de Tierra Santa a Barcelona, no para seguir siendo el peregrino místico que todos admiran, a quien ya se empieza a pedir consejo y guía espiritual, Ignacio vuelve para aprender lo que no sabe. Y debe comenzar desde cero, aprendiendo latín con los niños. Y lo hace. Durante dos años sigue lo que ahora consideraríamos estudios primarios y secundarios, y es preciso que se rebaje a obtener aquella instrucción que los hombres de su estamento miraban por encima del hombro

con mirada burleta, considerándola cosa de frailes y de mujeres ociosas, no de hombres fuertes, hechos para la vida militar y cortesana.

Dos largos años para prepararse para los estudios universitarios. Antes de convertirse en el padre Ignacio, es preciso que sea el maestro Ignacio. Durante su estancia en la ciudad universitaria de Alcalá de Henares, ya empieza a reunir jóvenes con inquietudes semejantes a las suyas, pero la Inquisición ve como sospecho a todo aquél que quiera hacer demasiadas preguntas y pida demasiadas explicaciones a lo que se considera debe aprenderse y aceptarse sin más¹⁶. Y en Salamanca llega incluso a encarcelarlo. Paradójicamente, la experiencia de la prisión es muy positiva: es la prueba de fuego que lo convence de que se ha convertido realmente en el espíritu libre que nació en Manresa.

5. LA GRAN IRRADIACIÓN

Nadie es profeta en su tierra, según dicen. Y en el caso que nos ocupa, la sentencia es justa, pero sólo en su movimiento inicial. Después de Alcalá y Salamanca, Ignacio se traslada a París en 1528, con el objetivo de conseguir la Licenciatura en Filosofía. Allí se encuentra con un grupo de compatriotas movidos también por las inquietudes que lo mueven a él, los nombres harán historia: Francisco Javier, Santiago Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodríguez y Nicolás Bobadilla.

La licenciatura la obtiene en 1533, ahora ya pueden llamarlo “maestro Ignacio”. Pero como en otros momentos de su vida, este año también es clave en la Historia de una Europa perturbada, aunque, como pasa con el año de su nacimiento, sea muy difícil encontrarlo en ninguna cronología, sólo la coquiza de Perú por parte de Francisco Pizarro merece alguna referencia a los eruditos. El año había empezado con unos hechos que convertían los informes de los embajadores en los antepasados de la prensa del corazón: una muchachita de nada había trastornado al rey de Inglaterra hasta hacerle repudiar a su esposa española, tía del emperador Carlos V, y casarse con ella, cosa que no pasaría de anécdota de alcoba más o

¹⁶ Mirada con lupa, la tan polémica Inquisición española no fue más cruel que los otros tribunales de la época, y su aparición era por demás lógica, ya que después de poner punto final al problema de la dominación sarracena y con ganas de organizar un país en paz y unificado en la religión tal como mandaban los cánones de la época, la sombra de la herejía que se cernía sobre toda Europa no se limitaba a una simple cuestión dogmática, sino que abría la puerta a un gravísimo problema político que se quería evitar de todas las formas. Se intentó reprimir el problema en lugar de afrontarlo, cerrando las fronteras a las nuevas ideas y las orejas a las inquietudes y a los interrogantes que sacudían a las mentes valerosas. El país vecino, que se vio obligado a afrontarlo en casi medio siglo de durísimas guerras de religión, abrió vías para solucionar el problema en lugar de inhibirlo y, para hacer eso, se tuvo que rehacer la imagen del Hombre y, desde el Hombre, del Mundo y de Dios, y se tuvo que promover una profunda reforma de la enseñanza, a la cual los hijos de Ignacio de Loyola contribuyeron de manera decisiva, porque sólo desde el conocimiento que permitía afrontar la Duda se podría llegar a la tan deseada Certeza.

menos picante, si no fuera porque para conseguirlo, Enrique VIII había tenido que enfrentarse a la autoridad del Papa y el asunto había acabado con un rompimiento de relaciones y con el rey proclamándose cabeza de la Iglesia anglicana; un nuevo territorio escapaba a la unidad de la ya tan lacerada Iglesia Católica. La boda se había celebrado medio en secreto, porque la dama en cuestión, Ana Bolena, esperaba un hijo que Enrique deseaba con toda el alma, y es que Inglaterra no tenía heredero varón y el rey veía intranquilo como una sucesión débil podría hacer tambalear el orden establecido por los Tudor no hacía tanto como eso: fue el padre de Enrique quien puso punto final a la Guerra de las Dos Rosas casándose con la última descendiente de los Plantagenet. La causa del rompimiento con Roma había sido, dicen, que el papa no había osado desafiar al emperador “ofendiendo” a su tía con una anulación matrimonial. Pero por los mismos días, el inefable Francisco I de Francia, que seguía con mirada irónica la aventura inglesa¹⁷, era ostentosamente infiel a su esposa dando prioridad a una favorita oficial, Anne de Pisseleu, a quien había convertido en duquesa de Étampes; la reina así ultrajada era la hermana del emperador, Leonor de Austria, con quien Carlos había tenido una estrecha relación toda la vida, y no una tía a quien apenas conocía...

El año pasó con Enrique luciendo ostentosamente el vientre de Ana ante la sonrisa burleta de media Europa. Pero a principios de Septiembre, Ana tuvo la tan deseada criatura y fue niña. Enrique la recibió bien y le dio en nombre de su madre: Isabel. Francisco I se rió con ganas y se dedicó a cosas más serias. Ya hacía tiempo que negociaba un acuerdo con el papa Clemente VII que le permitiera obtener las tan deseadas tierras del norte de Italia, y el papa había aprovechado el deseo del rey para sacarse de encima una parienta muy encombrante casándola con el segundo hijo de Francisco I, Enrique de Orleans¹⁸. El papa, Médicis entre los Médicis, no pensaba cumplir ninguno de los acuerdos con el rey de Francia, ya que había cerrado un trato mucho más ventajoso con el emperador. La parienta en cuestión era Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino y nieto del Magnífico, y de Magdalena de la Tour-d'Aubergne. No era propiamente noble, y su boda con un hijo de Francia era casi una

¹⁷ Podía permitírsele: Ana Bolena se había educado en la corte de Francia, entre las damas de la “petite bande”, adorables “diosas” renacentistas destinadas a la ostentación y al placer de la corte y del rey.

¹⁸ Entre los siglos XV y XVI hubo tres guerras entre el rey de Francia y los territorios italianos: Carlos VIII reclamó Nápoles como descendiente de Carlos de Anjou, Luis XII reclamó Milán como descendiente de los Visconti, y Francisco I quería el norte de Italia, donde se alzaban las grandes ciudades perlas del Renacimiento..., porque era una lástima que estuvieran entre las manos de un bárbaro como el emperador Carlos V. Clemente VII lo aprovechó para ilusionar al rey y sacarse de encima a Catalina de Médicis, en quien los florentinos esperaban el retorno de la señoría medicea; el papa estaba de acuerdo con el retorno de los Médicis a Florencia como príncipes reinantes, mientras el tal príncipe fuera Alejandro el Moro, su bastardo, a quien pensaba casar con una hija, también ilegítima, de Carlos V. Fue tan hábil, que Francisco I siempre creyó que la causa del fracaso de sus ilusiones fue la prematura muerte del papa, el mismo año 1533, nunca sospechó que Clemente VII lo había engañado descaradamente.

ofensa, no sólo para las damas de la corte, sino para todos los franceses. Cuando llegó a Marsella, a principios de Octubre, con toda la pompa papal y medicea, era una chiquilla insignificante, poco agraciada bajo las sedas y las perlas, asustada ante el destino que le deparaba la suerte.

Las cronologías apenas hablan de estos dos acontecimientos, y explicados de este modo parecen fuera de lugar en el tema que nos ocupa, pero aquel otoño de 1533, el año en que Ignacio de Loyola conseguía su licencia universitaria, hacían su entrada en la Historia las dos “grandes madres” de la Modernidad: Isabel Tudor, que contra todos los pronósticos se convertiría en Isabel I de Inglaterra y daría muchos quebraderos de cabeza a los hijos de Ignacio, y Catalina de Médicis, la animosa reina madre de Francia (“la reina negra”) que gobernó el país durante los treinta años más dramáticos y más difíciles de su historia, con la gran responsabilidad de las guerras de religión, siempre esperanzada en conseguir la paz mediante la tolerancia y la convivencia pacífica de las diferentes confesiones religiosas, protectora de los pensadores del “tercer partido”, que pedían esta paz por encima de los fanatismos de uno y otro lado. Pero, ¿cómo conseguirla? Catalina murió en 1589 amargada por su aparente fracaso, pero había formado el espíritu de quien sería su heredero, que abriría la vía de la paz liberando las conciencias y dando a cada hombre y a cada mujer la oportunidad de escoger su camino hacia Dios, pero para hacerlo era preciso impulsar el conocimiento necesario que proporcionase la libertad de espíritu imprescindible para tal elección, era necesaria una revolución en el campo de la enseñanza. Y para llevarla a término, sería capital la obra de Ignacio de Loyola, basada en su experiencia manresana.

Pero en aquel año de gracia de 1533, también había entrado otro nombre en la Historia: un joven humanista originario de la región de Picardía escribió el discurso plagado de tesis luteranas que el rector de la Universidad de París, Nicolas Cop, leyó como lección inaugural del curso. Este joven se llamaba Jean Calvin.

El 15 de agosto de 1534, la obra que Ignacio se siente llamado a iniciar empieza a tomar cuerpo: los siete compañeros que ya se habían encontrado en París en 1528 hacen voto de pobreza, obediencia y castidad en Montmartre, y tienen el objetivo de ponerse a disposición del papa. Su obra será una lucha contra las ideas que, pretendiendo liberar a las mentes, en realidad las esclavizan y, generando desconfianzas y temores, animan los fanatismos y las intransigencias. Una lucha basada en el conocimiento, no en la sentencia dogmática; en la libre elección de un espíritu bien informado, bien instruido, que puede escoger con toda la conciencia, que ha tenido la oportunidad de discernir por sí mismo, de sopesar las diferentes

posibilidades y de reorientar su vida en una madurez esplendorosa, dejando atrás las inseguridades infantiles. En un espíritu, en resumen, que recibirá los frutos de la experiencia manresana de Ignacio. Y este año sí aparece en las cronologías: la noche del 17 al 18 de Octubre, tendrá lugar el llamado “affaire des placards”¹⁹, apareciendo a la luz la verdadera cara oscura del problema religioso en Francia. La rivalidad entre católicos y protestantes irá radicalizándose hasta explotar en conflictos sangrantes, en heridas incurables que provocarán más y más violencia, en una escalada que parecerá, durante muchos años, no tener fin. Ignacio y sus compañeros han creado un orden religioso en toda regla, preparado para entrar en batalla en el campo de las ideas y el conocimiento, y el nombre que escogen no deja lugar a dudas sobre sus objetivos. Aquel 15 de Agosto de 1534, en Montmartre, nace la **Compañía de Jesús**.²⁰

Desde entonces, ya todo es imparable. En 1536 Ignacio está en Venecia, estudiando teología, y, junto con sus compañeros, planea un viaje a Tierra Santa que no se llevará a término. En 1537 es ordenado sacerdote. Los nuevos religiosos se ponen a disposición del papa, que aprueba la orden el 27 de Septiembre de 1540 en la bula *Regimini Militantis Ecclesiae*, y empieza la gran expansión de la obra ignaciana por los cinco continentes y la gran influencia de la Compañía en el camino de la Iglesia Universal.

El 19 de Abril de 1541, Ignacio es escogido por unanimidad General de la Compañía, y tres días después hacen sus votos solemnes. A partir de este momento, su vida estará dedicada a la organización y al gobierno de la Compañía y a la redacción de sus *Constituciones*. Unos días antes de la elección de Ignacio, uno de sus hombres, Francisco Javier, marcha hacia la India, y en 1549 llegará a Japón; este mismo año marchan misioneros jesuitas hacia Brasil. En Europa, en 1545 se abren las sesiones del Concilio de Trento, que intentará poner remedio a la rotura de la Iglesia; los jesuitas, ya con fama de hombres eminentes, tendrán gran influencia en sus sesiones, sobretodo Laínez y Salmerón; este mismo año entra en la Compañía un personaje de gran renombre, que en 1565 se convertirá en su tercer general: Francisco de Borja, duque de Gandía y antiguo virrey de Cataluña. En 1551 se abre el Colegio Romano, que se convertirá en la prestigiosa Universidad Gregoriana.

¹⁹ Aparecieron en diversos lugares de Francia unos carteles (“placards”) con violentos ataques contra la doctrina católica. Uno de estos lugares fue la puerta de la habitación del rey. En poco tiempo, el problema religioso había llegado a dimensiones preocupantes, ya que muchos miembros de la familia real veían con simpatía el movimiento protestante, sobretodo en su dimensión humanista, y en sus inicios lo habían protegido. En el mismo entorno del rey, las dos facciones que lucharían durante medio siglo se definían y se preparaban para el ataque, lideradas por dos mujeres: la duquesa de Étampes, favorita del rey, y la formidable Diane de Poitiers, amante del Delfín.

²⁰ El nombre no será escogido hasta 1539.

El 31 de julio de 1556, Ignacio muere en Roma a los sesenta y cinco años. La Compañía cuenta ya con unos mil miembros, doce provincias y unas cien casas, la mayor parte son colegios públicos y gratuitos (Europa ya cuenta con cuarenta y seis), muy estimados por la calidad de la formación humanista que imparten. Diego Laínez será el segundo general.

La Compañía de Jesús se propagó con gran rapidez por todo el mundo y aportó un signo de modernidad en la conflictiva Iglesia de los siglos XVI y XVII, sobretodo en cuanto a su oferta de una enseñanza de calidad asequible a todo el mundo, a través de la cual todo aquél que quisiera podía seguir el camino liberador que había iniciado Ignacio en los diez meses que pasó en nuestra ciudad, tomando conciencia de la naturaleza humana, de su relación con Dios y de su misión en el mundo.

El conflicto religioso que había iniciado la Reforma protestante amenazaba Europa y la convertía en un campo de batalla permanente, reduciéndola a la miseria espiritual y material, sobretodo en el reino de Francia, donde adquiriría unas dimensiones monstruosas. La lucha tenaz del llamado “tercer partido”, que defendía las posibilidades de una convivencia pacífica entre católicos y protestantes, parecía destinada al fracaso más absoluto. Los intentos de conciliación, como el coloquio que tuvo lugar en Poissy entre Septiembre y Octubre de 1561, y donde destacaron las intervenciones de los jesuitas que tomaron parte en él, no conseguían ningún acuerdo. Los esfuerzos de la reina Catalina, si bien en principio podían sembrar una cierta semilla de esperanza, siempre acababan envenenando más y más las cosas. Hasta que se llegó al desastre de la Noche de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572, cuando quedó demostrado que las soluciones viejas no sirven para los problemas nuevos.

La solución no se veía por ningún lado, porque la organización de los reinos europeos se basaba en el principio *cuius regio eius religio*, que obligaba a la unidad religiosa para la existencia misma del Estado, y mucho más en Francia, donde el rey era consagrado religiosamente y era esta consagración la que lo legitimaba. Por eso, los esfuerzos de la reina madre y de los políticos del “tercer partido” parecían casi una blasfemia tanto a los intransigentes católicos como a los fanáticos protestantes. Y después de la muerte de Catalina, las cosas parecían ir de mal en peor: el 1 de Agosto de 1589, el último miembro de la Casa de Valois, Enrique III, moría asesinado por un dominico. Los católicos de Francia vieron venir el desastre: el heredero era Enrique de Borbón y Albret, Enrique III de Navarra, el príncipe de los protestantes. Muchos temían que Francia haría una evolución parecida a Inglaterra y se crearía una iglesia nacional, por eso el nuevo rey, antes de nada, tuvo que reconquistar su estado por las armas, casi ciudad por ciudad. Cuando lo hubo hecho, el 25 de Julio de 1593,

abjuró de la fe protestante y se reintegró en la Iglesia Católica. Esto causó tanta sorpresa que los países hostiles a Francia lo consideraron un acto muy hipócrita (y así lo siguen considerando, por mucho que esté documentalmente probada la sinceridad de Enrique); pero es que Enrique había seguido un largo camino interior antes de llegar a esta meta, un verdadero peregrinaje desde su Bearn natal hasta su Francia adoptiva, mucho más escarpado que el de Ignacio y con la presencia casi constante del campo de batalla, con todo lo que esto comporta. También había visto como Dios lo trataba “como un maestro trata a un niño”, aunque sin el paisaje amable de la Cueva manresana, sino en una trayectoria llena de dolor, de sangre, de muerte e incluso de traiciones entre hermanos... Pero la conversión del rei no resolvía el problema, porque los protestantes se podían considerar estafados en sus expectativas y los católicos estaban muy recelosos; sólo el tercer partido se sentía esperanzado. Y en 1598, el 13 de abril, llegó la solución que ya se preparaba desde hacía algunos años: Enrique IV de Francia, en la ciudad de Nantes, firmó un edicto que daba libertad de conciencia y de culto a los protestantes franceses, y un año más tarde, en Fontainebleau, hizo lo mismo para los católicos bearneses. Era muy consciente de lo que hacía: liberar las mentes de los hombres y mujeres de su país, de manera que el camino de encuentro con Dios ya no fuera una mera herencia, una aceptación pasiva de unos principios tradicionales, sino una elección personal, profundamente razonada y aceptada libremente con todas las consecuencias, como lo había sido para él mismo, pero para dar este paso era preciso poseer unos profundos conocimientos sobre el mundo y sobre el hombre, era preciso saber cómo acercarse a Dios desde uno mismo. Era preciso, en resumen, una buena formación humana. De manera que, en un país que debe ser reconstruido de pies a cabeza, devastado por medio siglo de continua guerra, se dará prioridad a una profunda reforma educativa que asentará las bases de la enseñanza secundaria, asequible al máximo de gente posible por su gratuidad.

La Compañía de Jesús había sido prohibida en Francia en 1594, por una orden del Parlamento de París que irritó al rey, el cual aún no había adquirido bastante autoridad como para oponerse²¹; este hecho paralizó la actividad de sus colegios e hizo bajar sensiblemente el nombre de matriculados en las universidades. Esta consecuencia fue aprovechada por el Bearnés para anular la prohibición y permitir a la Compañía retomar las actividades en

²¹ La razón había sido bastante absurda. En 1594, un tal Jean Castel atentó contra el rey y lo hirió levemente. Castel había sido alumno del colegio que los jesuitas tenían en Clermont-Ferrand y el Parlamento de París consideró que la idea del atentado era fruto de una educación fanática, de manera que prohibió la Compañía de Jesús, creyendo contentar a un rey que no veían muy convencido en materia de religión. A Enrique IV no le hizo ni pizca de gracia.

Septiembre de 1603, ayudándola a abrir nuevos colegios y convirtiéndola en pionera del nuevo programa educativo. Los colegios de la Compañía ofrecieron una educación global a jóvenes de toda condición²², que no se limitaba a una cultura general, ya de por sí muy completa e impartida por maestros de gran calidad, sino que también buscaba una formación del carácter, en la cual tenían gran papel lo que hoy llamaríamos actividades extraescolares, entre las cuales destacaba el teatro, convertido en una utilísima herramienta para fomentar el trabajo en equipo, desarrollar las cualidades oratorias y aprender el cómo y el porqué de las jerarquías, al mismo tiempo que las ventajas del trabajo en común. El éxito de los colegios y la protección real les permitió abrirse a otros ámbitos, como la formación permanente y las escuelas de adultos. El rey hizo mucho más que protegerlos y sentar las bases de una enseñanza secundaria de calidad asequible a todo el mundo, se implicó directamente en el proyecto y participó personalmente en la creación y desarrollo de los colegios de los jesuitas: en 1607 fundó el de La Flèche pagando la construcción de su bolsillo, que, por muy rey de Francia que fuera, no estaba precisamente lleno.

El colegio de La Flèche era tan querido por Enrique, que en él veía hechos realidad sus ideales pedagógicos, que dispuso que, después de su muerte, su corazón reposara para siempre en la capilla. Enrique IV de Francia murió el 14 de Mayo de 1610, asesinado por un fanático en pleno centro de París. Unos meses después, su voluntad se cumplía y la capilla de La Flèche recibía la preciada reliquia del rey más amado por los franceses. Entre los alumnos de la escuela que fueron testigos del hecho, había un chiquillo de salud delicada, pero de mente muy despierta, llamado René Descartes. Treinta años después, René Descartes daría forma a la nueva visión del Mundo, del Hombre y de Dios capaz de basar la Nueva Ciencia y proyectarse hacia un futuro magnífico, provocando una verdadera revolución en lo que hoy entendemos como Filosofía. Ante las dudas angustiosas que provocaba la rotura de todos los parámetros de la vieja ciencia medieval, y de las aparentes contradicciones entre el Descubrimiento y la Tradición, Descartes rehizo el camino interior de Ignacio en Manresa y afrontó la Duda con todo el coraje que le proporcionaba la excelente formación cultural y humana recibida en La Flèche. El resultado lo conocemos todos: las *Meditaciones metafísicas* son el correspondiente laico a los *Ejercicios* ignacianos, y fundamentan al Hombre como Ser

²² El colegio de Auch, por ejemplo, hacia 1610, contaba aproximadamente la mitad de sus alumnos entre lo hijos de artesanos y campesinos modestos, y la otra mitad entre los hijos de los nobles, los militares y los burgueses ricos. Si tenemos en cuenta que eran internados donde los alumnos convivían, era un buen lugar para permitir que las diferentes clases se conocieran y compartieran el espacio y el tiempo.

Pensante en un mundo pensado, recreado, dicho por él, ya no en las estructuras fijas y estáticas de la vieja ciencia, sino en la corriente dinámica, evolutiva, de la Nueva Ciencia...

Aún podríamos llenar muchas páginas hablando de la relación entre la obra ignaciana y el Paso de la Modernidad. Pero me parece que no hace falta decir gran cosa más para ver el lazo que existe entre ambas. Sin el profundo trauma que le supuso su estancia en Manresa, Ignacio de Loyola quizá no habría sido otra cosa que el prototipo del peregrino medieval, tantas veces visto y repetido en la Historia, y no sólo limitándose a los siglos de la medievalidad; pero Manresa le modeló el espíritu abriéndolo a la luz de un nuevo orden, no sólo para su vida renovada, sino para miles y miles de vidas que al largo de los años pasarían por una experiencia análoga. La luminosidad manresana enraizó a fondo en Ignacio e impregnó toda su obra, venciendo el espacio y el tiempo. El nombre de Manresa es común para las casas de los jesuitas de todo el mundo, y mucha gente, cuando habla de seguir los *Ejercicios*, habla simplemente de “ir a Manresa”, no siempre físicamente, sino espiritualmente, buscando la claridad y la distinción que Ignacio encontró en la orilla del Cardener. De manera que “Manresa” se encuentra en cualquier lugar donde el hombre pueda conocerse a sí mismo, aceptarse como a tal y abrirse a las perspectivas que le ofrece la plena conciencia de su condición humana.

Como veis, rehacer el camino que llevó al peregrino de la Cueva a nuestra ciudad no es ninguna locura, sino que es devolver a la conciencia colectiva una experiencia que permitió abrir la mente del hombre a unas expectativas nuevas y llenas de entusiasmo, que le permitieron “hacerse mayor” y afrontar un futuro incierto sin miedo, todo lo contrario, con unas grandes dosis de ilusión y de esperanza. No es una experiencia exclusivamente religiosa, ya hemos visto que los mismos *Ejercicios* tienen un correspondiente laico, que también puede servir de guía para el camino. Es una experiencia sobretodo humana. Y es que la Modernidad que empieza con la Iluminación en la Ciudad de la Luz nos enseña que el acto de fe es sobretodo un acto de confianza ciega, de amor, del Hombre hacia su propia Humanidad.

